

Meteoritos incandescentes

Elena Sánchez Velandia

Profesora asistente, Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, sanchezel@javeriana.edu.co

El padre de H era evidentemente bisexual. De clóset eso sí. Pasaba horas encontrando el punto justo en que el macho viril encajaba con el hombre elegante y refinado hasta que el alcohol le desarmaba el esfuerzo.

Evidentemente se sentía culpable. Un sacerdotal pedazo de mierda, de sotana y cuello clerical, lo violó en algún momento entre su infancia y su pubertad. Y le dejó a H un padre roto al que la depresión fue carcomiendo como una gangrena que royese almas bellas e inteligentes. A los 45 años comenzó una larga agonía escenificada en una bestia gris que le hizo la vida imposible a H, a su madre y a su hermano.

Se sentía culpable porque pensaba que su cuerpo debilucho, de bebé prematuro, era la perversión afeminada que le había acarreado ese castigo divino (también era un creyente de clóset). Y claro, como se identificaba con el cuerpo de H, que se negaba a desplegar los rasgos del macho, le quiso advertir: “tú, que estudias en un colegio católico ten cuidado porque a mí me *tocó* un cura”. H tenía unos 12 años y no logró ser confidente de tal secreto. Fue una solicitud de auxilio que solo hasta ahora logra escuchar. Ahora que ya está muerto, ahora que la gangrena esa se lo llevó. No solo fue esa verga presuntamente consagrada a Dios lo que lo destruyó. Lo mató el creerse que había violado la norma patriarcal con su corporalidad y sus deseos y que lo que pasó se lo tenía bien merecido.

A veces H imagina que es intersex a propósito. Quizás, en el vientre de su madre, logró sentir la gangrena de su padre, aún dormida, y no quiso ser ni la víctima ni el victimario. Ustedes dirán que de pronto confundió el sexo con el género, pero ¿quién se lo iba a explicar al embrión que era?

Como sea, H no es ni un macho ni una hembra. Pero sí es un devenir femenino. No es una Mujer con la M mayúscula, si se entiende con ello la coincidencia con el dispositivo disciplinario que llaman género. Es una mujer intersex, es decir, un cuerpo antihegemónico, un meteorito que rasga el cielo patriarcal. Es en este lugar desde donde se enuncia como “mujer”: su ser mujer sería más bien un contra-género.

No la malentiendan: no es que ella elija ser mujer; la operaron y la hormonizaron a pocos meses de nacer y luego le asignaron el género masculino. Produjeron violentamente la “naturaleza” que teóricamente debía sustentar dicha asignación. Pero desde que tiene memoria nunca sintió que fuese un hombre; siempre se sintió más cómoda enunciándose como mujer; la frase “soy una mujer” le era suave y evidente (a pesar de que intentaron hacerle creer que estaba loca por sentirse así).

Ese sentimiento, esa autopercepción, que llaman identidad de género (y que entonces hay que distinguir del dispositivo disciplinario de género), suele ser mirada con sospecha cuando se trata de las personas transgénero. En cambio, nadie la cuestiona en las personas cisgénero. Sin embargo, ninguna tiene explicación hasta ahora: nadie sabe a ciencia cierta por qué tenemos la sensación de pertenecer a un género o a otro, ni en el caso de las personas cisgénero, ni en el de las personas transgénero. ¿Por qué las personas cisgénero están tan seguras de pertenecer al género asignado? ¿Acaso es tan evidente que si naces con un pene debes sentirte como un hombre? ¿O que si naces con vulva debes sentirte como una mujer? ¿Cómo se explica que haya una relación entre la fisiología de tus genitales y un sentimiento alojado en tu mente? ¿Le hablan tus órganos a tu cerebro?

¿Le dicen algo así como “hey, soy un pene, luego tú, cerebro, debes sentirte cerebro de hombre”?

Para H, las personas cisgénero son tan misteriosas como las transgénero y la única posición ética que le parece válida es acoger este misterio sin más.

Por desgracia, no es esto lo que sucede en la práctica; las personas trans son patologizadas, etiquetadas bajo un término sacado de un manual de trastornos mentales: “disforia de género”. L_s medic_s también han marcado a H con ese hierro. H ríe: “me cortan, me cosen cuando ni siquiera tenía la posibilidad de decidir, de hablar, de entender, de defenderme... y, ¿se atreven ahora a decirme que sufro de la tal disforia de género?” La risa rabiosa de H colma toda la habitación. Se ríe también de quienes condenan a las mujeres trans, en nombre de un presunto feminismo, porque estarían reforzando los estereotipos de género: ¿Cómo va a reforzar una mujer trans el dispositivo disciplinario de género cuando este lo que le comanda es que se comporte como un hombre? Las mujeres trans son, *per se*, otros meteoritos incandescentes. Lo son precisamente porque se enuncian como mujeres, porque las habita ese sentimiento misterioso que contradice el orden patriarcal. Desde este punto de vista su ser mujer también es un contra-género.

H piensa de nuevo en la gangrena de su padre; la invadió desde muy temprano transformando en desdicha el acto triunfante de su cuerpo que, antes de nacer, había creído escapar a los órdenes patriarcales, binarios y coloniales de este lugar. El bisturí que tajó sus genitales a pocos meses de nacer estaba gobernado por esa gangrena.

Aunque quizás no tenía otra opción sino irse cuando lo hizo, no podía (obviamente) resolver nada desde el otro lado del Atlántico y, al volver, la gangrena seguía ahí. Su hálito mórbido comenzó a invadir el espacio en pocos meses. Imaginó los restos óseos de su padre bajo tierra por fin libres de ese lastre. Lloró reconfortada sabiendo que la gangrena no había sido sino un huésped en su cuerpo... Solo que ahora puede verla en otros cuerpos. Es una nube densa, cargada, que la mira en la calle con ojos amenazantes.

La nube también está cargada con esta historia:

Hacia finales de los años cuarenta del siglo pasado, el Régimen Conservador colombiano creó un grupo armado secreto —los chulavitas, también

conocidos como chulos— para luchar contra todo lo que se ubicara a su izquierda en el espectro político (liberalismo, socialismo, comunismo...).

En 1949, los chulavitas tomaron la decisión de matar al abuelo de H: “Doctor, doctor —lo previnieron los campesinos del lugar— llegaron los chulos, hay que huir”. El abuelo, la abuela y el padre de H, que tenía nueve años entonces, se escondieron en los montes. Los chulavitas ya habían preparado tres ataúdes con los nombres del abuelo, la abuela y el padre.

Como no encontraron a nadie en la casa, decidieron matar a los perros de la familia y llenar con sus cuerpos los ataúdes. Una vez los ataúdes llenos, fueron a pasearlos por la plaza central de Tunja.

El abuelo, la abuela y el padre llegaron a Bogotá sin ninguna otra cosa que los vestidos que l_s cubrían. H l_s imagina atravesando en la noche el país de los muiscas, como siguiendo con sus manos un hilo de Ariadna surgido de la nada.

Toda su vida su padre siguió ese hilo intentando salir de su propio laberinto.

Cuando H se fue no estaba consciente de que ella también intentaba escapar de la policía conservadora que se había apoderado hasta del cuerpo de su padre como si, habiendo escrito su nombre sobre el ataúd, hubiera logrado matar su alma.

H no hace sino huir de esta escritura asesina.

Algo le dice que hay una relación entre el bisturí que intentó borrar su intersección, y la idea de Antonio de Nebrija —autor de la primera Gramática de la Lengua Castellana (1492)— según la cual la gramática, o “arte de letras” sería instrumento del imperio.

En algún lado H escribe: “El rey de Castilla (...) consagra varios capítulos de la Leyes de Indias a describir escrupulosamente el trazado que las ciudades americanas debían seguir, el modo en que sus edificios debían organizarse y la función de cada espacio urbano. Así, entre 1522 y 1573, más de cien ciudades se fundan en Hispanoamérica. A partir de estos centros se difunde el poder colonial a través del espacio americano. Este poder se administra por una burocracia de hombres de letras de origen ibérico que se forma en las

escuelas y universidades que la corona de España funda en las ciudades hispanoamericanas. A los márgenes de las ciudades, y en función de ellas, se dispone el espacio de la 'barbarie' donde se confina a los pueblos originarios que, privados de su mundo textual (prohibido por ley, es decir por la escritura europea), son condenados a la oralidad".

H imagina a esos españoles "temerosos de Dios" que llegaron a este lugar y se encerraron en las ciudades que construyeron creyendo que la diversidad selvática que les rodeaba era Satán. Satán en realidad era ellos y su temor y sigue viviendo en nosotr_s, sus hij_s convencid_s de que basta con decirnos mestiz_s para dejar de parecernos a esos ingenuos timoratos.

Como les conté, a H le fue asignado el género masculino. Pero esto no significa que haya sido socializada como hombre. En realidad, las personas que no se conforman al género asignado no suelen ser socializadas como personas de tal género. Al hacerse evidente que no pueden integrar el disciplinamiento de género la socialización es otra. Son socializadas como parias. Así fue socializada H. No con los privilegios del género masculino sino sin privilegios de género. H debía quedarse callada, al margen, soportar el maltrato físico y psicológico de quienes la rodeaban, aguantar al mismo tiempo el ser despreciada y sexualizada.

No le queda otra opción a una mujer paria que transformarse en una mujer fiera. Y aunque tampoco hubiese sido socializada para defenderse de esta violencia (el modo de defensa masculino, que implicaba cubrir de trompadas a sus compañeros, no hacía sino paralizarla: solo imaginar esa furia, que sería recibida con otra furia similar, le hacía bajar los brazos) resistió gracias al ejemplo materno, al modo en que su madre encarnó también una mujer contragénero:

El abuelo materno de H era un brutal patriarca. Desaparecía durante semanas y cuando volvía, completamente ebrio, acusaba a la abuela de H de engañarlo con un amante imaginario. La abuela fue golpeada, maltratada y violada durante años por el abuelo. Y cuando la abuela intentaba huir, el abuelo evacuaba su cólera con algun_ de sus hij_s.

L_s abuel_s tenían algunas habitaciones arrendadas a jóvenes trabajadoras. La madre de H, que era la mayor de sus hermanas y hermanos,

conformó su *aquelarre* con algunas de estas jóvenes. No había macho cabrío; el satán que debía enfrentar al gran patriarca (otro nombre de Dios) no era sino la fuerza colectiva femenina. Así que un día enfrentaron al abuelo. Esperaron a que llegara tan borracho como siempre. La madre de H lo agarró por el cuello empujándolo contra el muro:

"Déjenos en paz. No se atreva a tocar de nuevo a mi madre o a mis hermanos".

El *aquelarre* vigilaba la escena mientras que una de sus integrantes llamaba a la Policía. El abuelo estaba paralizado, no se esperaba la reacción de su hija. Ni siquiera se le había ocurrido que alguien pudiese cuestionar su poder. La Policía se lo llevó anonadado.

Por desgracia, la madre de H logró escapar a la cólera patriarcal de su padre solo para caer en la del padre de H que era más sutil, psicológica. La cólera de dos patriarcas "liberales". Quizás por esto se demoró en desarrollar las armas para resistir. El padre de H sabía subirla a la estratósfera con sus palabras, regalos y la promesa de un paraíso futuro donde vivirían felices y ella sería la esposa del prestante abogado, halagado por tod_s.

Cuando llegó la sutil cólera patriarcal, el padre de H ya se había instalado muy profundamente en las entrañas de la psique de la madre. Sin embargo, con el tiempo, ella también aprendió a resistir a esta cólera, a desmontarla, a ponerla en ridículo; en algún mágico modo transmitió sus aprendizajes contragénero a su hija, incluso aunque pensase que no era tal, que era un error inclasificable de su matriz.

¿Significa todo esto ser una mujer intersex? ¿Ser la paria que deviene fiera? ¿Ser la contragénero?

H no tiene una respuesta. Solo sabe que este es el único modo en que ella puede ser una mujer intersex. Como un meteorito incandescente. 🌠



LAS LUCHAS TRANS SON
FEMINISTAS